

Yoseth Ariza Araújo

Memoria textil de un profesor universitario

Me encantaba que nuestro uniforme fuera de un color diferente cada día de la semana. Los martes y jueves, por la clase de educación física, así se llamaba en mi infancia a la clase de deportes, mi salón era habitado por una manada de inquietas criaturas vestidas de blanco de pies a cabeza. Por supuesto que luego de la clase de educación física que se unía de forma consecutiva con la media hora de recreo, sobre las superficies blancas de la indumentaria se sobreponían de forma apretada varias capas de polvo y sudor que introducían a la imagen una amplia gama de colores terracota que se resistían a la uniformidad.

Pocos eran los que se mantenían con el uniforme de color blanco. Recuerdo que

de forma repetida yo era una de esas criaturas que rechinaban en la paleta de tonos ocre y ladrillo, por la blancura de mi “pinta” cuando hacíamos la fila por grados en la enramada central de la escuela. También, yo era una de las criaturas que prefería los otros tres días de la semana, en los que dejábamos a un lado el blanco y usábamos ropa de color. Los varones lucíamos una guayabera de un color distinto cada día. La camisa amarilla era para los lunes, la azul para los miércoles y la blanca para los viernes y días de homenaje a los símbolos patrios o las fiestas religiosas católicas de guardar.

Me encantaban las guayaberas. En la parte delantera, además de los cuatro bolsillos, tenían un bordado vertical con figuras geométricas de precisión perfec-

ta a ambos lados de la línea central de botones. Adicionalmente, la camisa tenía tres bloques de dobleces perfectos que dividían en flancos simétricos la parte posterior. El complemento para esta “pinta” que hacía solemne cada día impar de la semana escolar era un pantalón de *“tela de algodón asargado de trama blanca y urdimbre teñida de azul índigo”*, que para señas más sencillas era un bluyín. Pantalón corto si eras del pre-escolar o cursabas primer grado y estabas aprendiendo a leer con la seño Mercedes, o pantalón largo si ya habías pasado a segundo y comenzabas a escribir con lapicero de tinta azul y roja los dictados de la seño Chava.

Con especial cariño recuerdo a la señorita Mercedes, porque además de ser la “seño” con quien aprendí a leer y escribir, la tengo en mi memoria como una mujer distinguida entre todas las maestras por sus atuendos de elegancia imperturbable, llenos de colores, accesorios brillantes y bolsos enormes y diversos, que no repetía por varias semanas. Con ella tengo la única foto de mi último día de guayabera y bluyín en la escuela. Era la clausura del año escolar, y la “seño” me está colocando con una nodriza una cinta del pabellón tricolor en el bolsillo superior izquierdo de mi guayabera blanca. Allí, en ese lugar privilegiado, más cerca de mi corazón, me colocaba la bandera nacional para premiar el alto rendimiento académico, el sentido de solidaridad con la institución y por supuesto la disciplina.

Como esa vez, continué asistiendo a las clausuras que siguieron, pero ya en segundo grado cambiaron el uniforme de la escuela haciéndolo más simple y menos variado. Entramos al mundo de la camisa blanca de polyester con un solo bolsillo y pantalón largo de algodón y color azul petróleo que confeccionó por

todo el resto de la primaria la seño Pau, la única modista del barrio que se dedicaba a coser ropa para varones. Mi mamá decía que era indispensable tener una modista cerca de casa, para atender cualquier arreglo de emergencia, pues mis tías paternas vivían en Valledupar y no era sencillo viajar en ese entonces.

Las más de seiscientas palabras que lleva este texto pretenden mostrar más allá de la nostalgia por la infancia, la importancia que la ropa tiene en nuestros recuerdos. La mayor parte del tiempo andamos por el mundo vestidos, cubiertos por las telas y cuando andamos desnudos reposamos o retozamos sobre otras telas que también quedan inscritas en la memoria. Adicionalmente, se ilustra cómo desde muy temprano en la vida, al incursionar en la comunidad académica de la escuela básica, los códigos del vestir nos inscriben en unos grupos u otros, y que poco a poco, independientemente de si somos conscientes de ello o no, vamos identificando el matiz personal que nos hace únicos en la aparente “uniformidad” del grupo. Y por último, también quiero señalar que en mi caso particular, así como en muchos de mi generación, los referentes para la construcción del imaginario de la ropa y las pautas del vestir, son mujeres, nuestras maestras.

La verdadera responsable del sentido de la elegancia en mi familia fue mi mamá. Una maestra de básica primaria que además de inspirar a sus cuatro hijos, lo hizo de forma excepcional con niños que vivían en la zona rural o en la zona periférica de la cabecera de San Juan del Cesar, un municipio ubicado al sur de la Guajira. La seño Nancy, como la llamaban sus estudiantes, era la artífice de que cada mañana los cuatro hermanos llegáramos impecables a la Escuela Anexa y, además, hacía dos veces cada año el milagro de la multiplicación de los pesos para hacer



“...la tengo en mi memoria como una mujer distinguida entre todas las maestras por sus atuendos de elegancia imperturbable, llenos de colores, accesorios brillantes y bolsos enormes y diversos...”

posible que todos en casa estrenáramos “pinta”, ya fuera para la fiesta del Bautista o de la Carmela a mitad del año, y por supuesto también para ir a la misa de gallo el 24 o el 31 de diciembre.

El milagro se soportaba en una meticolosa planeación del gasto, y la complicidad de las tías paternas que aprendieron a coser muy jóvenes para ayudar en la casa de los abuelos y luego para sacar adelante sus propios hogares. Mode, Pancha, La Mona, Yulie y Yesmi, todas saben coser. Tía Mary se especializó en el cabello y tía Yola hizo los puentes entre el mundo de las marcas comerciales y las creaciones de los talleres de las otras tías. Esta concentración familiar alrededor de la costura era muy frecuente en la Provincia de Padilla, así lo ilustra Rafael Escalona en su canción cuyo verso anuncia a la vieja Sara un regalito, compuesto de “Un corte blanco con su collar, pa’ que haga un traje bonito y flequetero por El Plan”.

Los textiles para hacer la ropa de todos eran meticulosamente seleccionados en los almacenes de los libaneses en la calle real de Valledupar. Los hilos, botones, cremalleras, y adornos requeridos se conseguían en una casa de puerta estrecha e interior laberíntico que ostentaba un cartel sencillito con el nombre “las Modistas”. Algunas de veces acompañé a mi mamá en la travesía de comprar los insumos de la mejor calidad para garantizar alta durabilidad, la suficiente para estar en óptimas condiciones al momento de heredar las prendas cuando el inaplazable proceso de crecer nos obligaba. Acompañarlas implicaba tener energía suficiente para caminar mucho, preguntar poco y observar absolutamente todo.

Entrar a esos almacenes era todo un ritual de compra para mi tía, y una explosión continua de colores y texturas entre rollos voluminosos organizados

de diversas maneras. Mi favorita era cuando los disponían como un bosque de distribución regular en medio del cual me podía escabullir y jugar a perderme y volver a encontrarlas, mientras ellas negociaban o combinaban estampados y tonalidades de telas de colores sólidos y brillantes imaginando el resultado final. Todas esas telas terminaban convertidas en “pintas” únicas que distinguían a los hijos de la seño Nancy y Jesús en los eventos sociales del pueblo. Siempre le preguntaban a mi mamá por el lugar donde nos compraba la ropa y mi mamá orgullosa decía que la había mandado a hacer con mis tías en el Valle. Si la interlocutora era una persona cercana, le contaría la historia de cómo lograron la compra perfecta.

Como mi madre, y mis tíos: Liliana, Jairo, Rodrigo, Libia, María Teresa, María Elisa y Dominga, terminé dedicándome a la docencia. Ya no en el pueblo, sino en la ciudad. Ya no la educación básica, sino en la Universidad. Ya no en el Caribe, sino muy cerca del Pacífico. Más precisamente en Cali, el lugar más al sur de Colombia a donde un miembro de mi familia había llegado alguna vez. La capital del Valle del Cauca ofreció a mi memoria textil la mejor oportunidad para fortalecerse, integrarse con mi identidad y expandirse a lo que hago y lo que soy.

Ya trabajando en Icesi, una universidad privada de la ciudad, pasé por varias etapas en la construcción de mi memoria textil. Inicié con la “pinta” habitual de jeans y pantalones de dril acompañados por camisas de mangas largas que acostumbro doblar hasta la altura de los codos. En ocasiones, las personas que trabajan allí me confundían con un estudiante. Esto duró alrededor de un año, hasta cuando comencé a hacer parte de la memoria individual y colectiva de la comunidad universitaria, cuya construc-

ción se facilitó significativamente si se tiene en cuenta la condición de ser el único profesor negro en la joven Facultad de Ciencias de la Salud.

En cualquier lugar del mundo los imaginarios que las personas construyen a partir de la ropa que usan los otros son el resultado de la diversidad de su memoria textil y de los prejuicios que heredan y, de forma consciente o inconsciente, mantienen y replican. En una ocasión, debí visitar en Cali una prestigiosa institución que estaba en proceso de ampliación de su planta física. La reunión estaba programada a las 11:00 am y terminaría con un almuerzo de trabajo. Como tendría clases por la tarde iba con mi atuendo habitual de profesor. Por motivo de la remodelación, se había dispuesto una entrada alterna en donde estaba el acostumbrado filtro de seguridad. Se alcanzó a formar una fila corta de cuatro o cinco personas que pasaron sin demora alguna. Cuando llegó mi turno, el vigilante de la empresa privada que presta el servicio de seguridad en la institución, me preguntó: ¿Lleva alguna herramienta de la obra?

Yo quedé inmóvil y en fracción de segundos pensé que en el imaginario del vigilante yo debía pertenecer a la cuadrilla de trabajadores contratados para la construcción. Para él, era muy poco probable que un hombre negro y joven con “pinta informal” fuera médico, docente universitario e investigador. Aunque también podría ser un paciente, o un familiar de alguien que bien podría estar usando los servicios o estar laborando allí. Respiré profundo, y procedí a abrir el maletín para mostrar el contenido mientras analizaba la expresión facial de quien hacía la revisión. Mi lectura fue, total desconcierto. Un portatil plateado y de aspecto ligero no se ajustaba a lo esperado. Luego de una rápida recomposición del rostro, continuó un incómodo silencio que ter-

minó con una orden en una sola palabra: “¡isiga!”. Como esto tomó más tiempo de lo habitual, la gente que fue llegando tras de mí, pasaba por el lado siguiendo la indicación de otro vigilante que los invitaba a avanzar por la vía alterna. Sin revisión alguna.

Estuve pensando en esta situación todo el fin de semana y decidí emprender un experimento, que consistió en vestirme como “doctor” todos los días para analizar las reacciones de los otros. Aunque traté de visitar nuevamente los sitios de donde recordaba situaciones incómodas, alcancé solo a observar cerca del 50% de los lugares clave. A medida que transcurría el experimento los hallazgos eran consistentes, vestirse de “doctor” agradaba más a los otros y se reflejaba en recibir un tratamiento diferente al que recordaba, se notaba un trato más repetuoso y amable. Pero no me sentía completamente cómodo. No era completamente yo.

Para “vestirse de doctor” usé mi memoria textil e intenté reproducir el estilo que recordaba de mis profesores en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Sacos y chaquetas de colores oscuros, camisa blanca o de colores claros, con corbatas discretas de tonos contrastantes, maletín y zapatos de cuero con diseños sobrios en el espectro estrecho entre negro y café. Puede parecer monótono, pero no fue del todo así. Disfruté explorar los paños nacionales e importados, las distintas calidades de algodón de las camisas y las tendencias en corbatas. Descubrí las respuestas de la industria colombiana a este mercado en consolidación y las fuertes influencias europeas en la moda masculina que, por la herencia colonial, se encuentran alineadas con las ideas de superioridad y belleza que se identifican con el grupo que había estado desde su

***“...me encanta contribuir
al proceso de construcción de
la memoria textil individual
y colectiva de las personas con
las que interactúo”.***

condición privilegiada moldeando los patrones dominantes.

Bien avanzado el experimento me vinculé con el Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi, donde a partir de las conversaciones académicas y cotidianas, fui identificando los elementos que incorporé en la estrategia de transición para cerrar el experimento y avanzar a la siguiente etapa de conformación de mi memoria textil. Fue en esa etapa que se dio el retorno de la guayabera, que en las últimas décadas se había posicionado en lo alto de la jerarquización de la moda.

La guayabera pasó a ser la prenda masculina favorita en la bodas de famosos y personas influyentes que pagaban sumas exorbitantes de dinero por una versión “estilizada” y “elitizada” de la camisa que tenía un lugar privilegiado en mi memoria textil de la infancia. Tengo en mi armario varias de estas prendas que pertenecen a esas marcas comerciales, y que pasan la rápida verificación de lugar de manufactura al revisar la etiqueta donde se lee “Hecho en Colombia”. Las prefiero de colores o con estampados, lo que me permite alejarme un poco del promedio poblacional dominado por “lo blanco”.

En el marco de las relaciones que se potencian en el CEAF, conocí a la maestra Emilia Eneyda Valencia y luego, por rutas confluyentes, a Consuelo Cruz Arboleda. La primera, es natural de Andagoya

(Chocó) y trabaja como maestra del sector público en la ciudad de Cali. Además, es fundadora de la Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amafrocol) y una reconocida lidereza comprometida con el empoderamiento alrededor de la identidad afrocolombiana. La segunda es caleña y se encuentra radicada en España, donde es reconocida por ser activista por los derechos de las comunidades africanas y afrodescendientes. Ambas tienen en común que han llevado el activismo al campo de las telas, la moda y los peinados, al mismo tiempo que han iluminado los contextos del activismo con los colores y diseños vibrantes de las telas, y han enriquecido las discusiones con las narrativas de la moda y los peinados de la diáspora africana.

De la mano de las conversaciones asincrónicas o simultáneas que compartimos con estas dos asombrosas mujeres, comencé a explorar las telas, los diseños, las historias de varios países de África y de la diáspora africana en países de Europa y América. Incursioné con intervenciones un poco tímidas sobre ropa convencional, y luego pasé a incluir prendas completas que hacían una explícita declaración a la influencia estética de una matriz muy valiosa que estaba invisibilizada en el código de vestir de los hombres en la universidad: la matriz africana. Al principio solo fue en eventos especiales, pero luego decidimos hacerlo periódicamente, y así como en muchas instituciones educativas y estatales se adoptó el “jean day”,



comenzamos a celebrar el “kitenge’s Friday”, nombre tomado de la iniciativa que asciende con auge en ciudades capitales de Kenia, Nigeria y Ghana. Contextos donde la moda local está celebrando las identidades y dinamizando, no solo el sector económico, sino la narrativa y la representación estética de mujeres, niños y por supuesto, hombres.

En esta aventura de reconocimiento, he identificado páginas electrónicas donde se presenta y discute contenido de gran actualidad, así como nombres, rostros y marcas muy influyentes en la escena de la moda de la diáspora que tiene un espectro tan amplio y diverso como el continente madre. Debido a las dificultades logísticas relacionadas con las im-

portaciones que encarecen el valor de las prendas, fue necesario acudir al modelo que combina conseguir por encargo las telas y comprometer a las personas en Cali que asumieran con la seriedad y solemnidad del caso la empresa de hacer ropa que no estamos acostumbrados a hacer, porque no está en el imaginario de quienes hacen magia con las manos, tijeras, hilos y botones.

Hoy continuamos explorando la escena local identificando talentos. Hemos obtenido buenos resultados en la mayoría de las veces y en la totalidad de los casos hemos ampliado, complejizado e inspirado la memoria textil de las mujeres y hombres a quienes hemos llegado por el voz a voz, tal como hace unas décadas, aunque es innegable la valiosa ayuda del WhatsApp que hace más ágil la comunicación.

Para celebrar la diversidad es fundamental hacer más polifónicas las narrativas estéticas en los sitios de trabajo, en el transporte, en las calles, en los espacios públicos y privados. De manera personal, me encanta contribuir al proceso de construcción de la memoria textil individual y colectiva de las personas con las que interactúo. De esa interacción, un día por la mañana alrededor de un café, conversando sobre una de esas camisas estampado exquisito, surgió la iniciativa de participar en el seminario El Costurero, que hizo posible compartir estas experiencias con un auditorio diverso en Icesi. Esa conversación luego se transformó en este texto que celebra, por un lado, el sentido de comunidad tejido con la familia y las amistades y, por otro, celebra con orgullo la herencia africana que hace parte de nuestra identidad y se fortalece con esta nueva conexión diaspórica que la moda como escenario político hace posible. ¡Margarita y Aurora, muchas gracias!

Yoseth Ariza Araújo

Es el mayor de los hijos de Nancy y Jesús. Originario de un pueblo, criado en ciudades y viajero frecuente entre mundos. Comprometido con sus familias: la nuclear, la extensa, y la que ha conformado con sus amigos. Le encanta el buen vallenato y la ópera, disfruta mucho ir a cine y cocinar.

Este texto es una versión más corta de la conferencia que el Profesor Ariza dio en la Universidad Icesi, el 19 de Septiembre de 2018, titulada *Turbantes y trajes: tradición textil y afrodescendencia*. La conferencia hizo parte de las actividades programadas en el marco de la agenda que el seminario textil **El Costurero** diseñó junto con el CEAF (Centro de estudios afrodiaspóricos) para el segundo semestre de 2018: *Zurciendo constelaciones afrodiaspóricas*.

www.icesi.edu.co/elcosturero